



entre **PALURDAS y BELLOTAS**

PUNTAL DE LA RAYA
P.N. SIERRA DE GRAZALEMA
Diciembre 2014

PUNTAL DE LA RAYA

Diciembre 2014

Esta noche ha caído la primera nevada y hace mucho frío. Ya han pasado tres meses desde que nos adentramos en estas montañas y lo cierto es que... no deberíamos estar aquí. Nos vimos obligados a desviarnos de nuestro camino para evitar pasar cerca de una fortaleza que estaba sufriendo un asalto como no habíamos visto otro.

Teníamos que llegar a nuestro destino y así cumplir con la misión que nos había sido encomendada. Y no nos quedaba otra que tratar de pasar desapercibidos y no parecer hombres de armas aunque lo fuéramos. El recorrer el norte de África nos ha curtido la piel y además... nuestras vestimentas son como las de las gentes que pueblan estas tierras a este lado del estrecho.

Nos adentramos en este recóndito valle por un puerto tan estrecho y difícil que

nos obligó a desmontar. Desde que llegamos aquí no hemos tenido contacto con nadie, permanecemos ocultos. Solo hemos visto a unos arrieros que llenan cántaros en una fuente cercana y después los suben a lomos de bestias por la ladera de la montaña que tenemos enfrente. Ellos no nos han visto y nosotros no sabemos el porqué de su menester.

Nuestros aceros están a buen recaudo, escondidos en una de las muchas grietas que salpican estas laderas de piedra gris. A pesar de que en estos parajes no falta ni agua ni caza no podemos quedarnos mucho más tiempo, tenemos que seguir adelante y...

Me desperté sobresaltado en medio de la noche, miré el reloj y comprobé que eran las cinco de la mañana. Maldita sea... había tenido una pesadilla.

Había soñado que era un caballero del medievo y permanecía oculto en unas inhóspitas montañas. Dios santo... me pregunté si la lectura de Libros de Caballería me estaría afectando como a aquel ilustre hidalgo. Pero sobre todo... el recorrer desde hace unos meses acá unos parajes antiguos como la vida misma, salpicados de restos de oficios perdidos en el tiempo.



Y es que hoy lo vamos a volver a hacer, sí, lo de recorrer parajes inhóspitos y recónditos. Habíamos quedado unos amigos en alcanzar un pico altivo y desafiante, un auténtico oteadero de las extensas formaciones boscosas que llegan hasta el mismísimo Estrecho de Gibraltar: **El Puntal de la Raya**.

Y nuestra “singladura” comenzó en el Puerto de las Viñas, otra vez. Bueno... lo cierto es que todo empezó mucho antes. A eso de las ocho y media ya estábamos dando buena cuenta de un desayuno como los de antes en la Venta Julián, después pasamos junto al Castillo de Doña Mara, dejamos atrás Benaocaz, recorrimos la Manga muy despacito por una carretera blanca cubierta de hielo y llegamos al pueblo cuando el reloj del coche indicaba 08:59, puntualidad.

Nos echamos la mochila a la espalda y comenzó nuestra particular aventura. Al frente del pelotón... un hombre de estas montañas, perfecto conocedor de estos parajes. Los demás cruzamos los dedos para que no nos lo pusiera muy difícil.

Nos adentramos en el bosque de pinos y caminamos rápido hacia unas montañas que teníamos enfrente. Sorteamos algunas angarillas hasta que llegamos al mismo borde la floresta. Cuando entramos en el bosque éramos seis expedicionarios y al salir de él fuimos siete. En aquellos andurriales nos encontramos con un senderista que caminaba solo y le invitamos a que se uniera a nuestro grupo, él aceptó encantado. Llegamos a una hondonada donde localizamos un cortijo sobre un promontorio inexpugnable por una de sus caras. Me gustó lo que vi y disparé.



entre PALURDAS y BELLOTAS

diseño e idea original de Carlos SOTO

Salimos de la hondonada por un paso de cabras que nos hizo calentar motores. Llegamos arriba y nos plantamos ante los Tajos de Nieto, verticales, bellos, como cortados a cuchillo. Desde el lugar que estábamos, a la derecha, nuestro maestro de ceremonias nos señaló las tres vías que existían para subir la montaña que teníamos delante. Expuso ventajas e inconvenientes de cada una de ellas y al final elegimos... la que él quiso, como tiene que ser. Cruzamos un pequeño prado adornado de junos (antes iris o lirios), dejamos atrás las paredes derruidas de una casa e iniciamos la subida.

El sendero zigzagueaba encajonado entre las piedras. Poco a poco fuimos cogiendo altura y nos adentramos en un “pequeño” torcal. A nuestra derecha quedó una formación



rocosa que se llamaba el Tajo de la Carnicería. Paredes agrietadas salpicadas de encinas y cornicabras desnudas.

Llegamos a una encrucijada y nuestro guía decidió seguir al frente. Según mis cálculos si seguíamos en esa dirección nos alejábamos de nuestro destino.

—Fernando, si tiramos por ahí... no vamos al Puntal, ¿verdad? — Le pregunté.

—Cuando subamos por este repecho, al otro lado está el Hoyo de los Quejigos, a los pies de la Salamadre—me contestó, a lo que añadió... — vamos hacia donde me digáis pero que sepáis que ese otro sendero hacia el Puntal está “mu perdido”.





Nos miramos todos y decidimos ir hacia el Puntal por complicado que este sendero fuera. Es lo que nos habíamos propuesto y lo íbamos a conseguir. Fernando se puso en cabeza y “volvimos al tajo”.

manteniendo una misma cota de unos mil metros. Antes de llegar a una formación pétrea que teníamos delante giramos a la izquierda y acometimos el asalto final.

Llegamos a un pequeño collado y oteamos la Garganta de Barrida a la diestra y a la siniestra... las estribaciones del Puntal de la Raya. Por allí, entre aquella amalgama de vegetación y piedras calizas, debía estar el sendero que nos llevaría a tocar su cumbre.

Caminamos durante un buen rato por la ladera



entre **PALURDAS y BELLOTAS**

diseño e idea original de Carlos **SOTO**



Fuimos con paso firme y, como a eso de media ladera, llegamos a una balconada que nos agasajó con unas vistas increíbles.

El amigo Pepe aprovechó el receso para sacar su bota de vino y debo confesar que todos

apretamos el pellejo. A él le hice una foto en tal menester pero perdonad que no la ponga aquí porque es que... se la voy a vender. Es más, le pregunté que de qué color quería el chorrito. Dejamos la charla, los chistes y las ocurrencias, nos ajustamos la mochila y seguimos ladera arriba.

Llegamos a la crestería y vimos enfrente la Sierra de los Pinos, casi cubierta de nubes. Giramos a la derecha y fuimos caminando sobre las piedras de aristas afiladas y grietas sin fondo con la intención de llegar al punto más alto.

Y como medio kilómetro más allá, hacia el este, llegamos a nuestro destino. Allí





encontramos un enorme hito de piedras apiladas. Soplabla el viento y hacía frío, esto no era nada para lo que nos esperaba más adelante. En la cima nos hicimos una foto de grupo.

Nos atusamos el pelo, nos ajustamos la mochila e iniciamos la bajada, en esta ocasión por la otra ladera. Caminamos hacia el sur, hacia la Sierra de los Pinos siguiendo un sendero que discurría junto a una pared de piedra.



entre **PALURDAS** y **BELLOTAS**

diseño e idea original de Carlos **SOTO**



Nuestro guía intentó localizar un sendero que nos llevara hasta el Hoyo de la Cal, cerca de la Salamadre, pero no consiguió dar con él, así que optó por rodear un pico que teníamos delante que ninguno de nosotros sabía cuál era su nombre. Este rodeo supuso

caminar unos tres kilómetros más, pero no nos importó.

Fuimos rodeando ese cerro a media ladera, dejando las estribaciones de la Sierra de los Pinos a nuestra derecha. Ante nosotros se presentó la Salamadre por una de sus caras más inexpugnables y a sus pies el extremo meridional de los Llanos de Lívar.

Llegamos a la Casa de Barea y cambiamos de rumbo, caminamos hacia el norte, pasamos por el Hoyo de los Quejigos y la Salamadre quedó a nuestra derecha. El viento comenzó a soplar con fuerza y unas nubes grises aparecieron por el horizonte entre las montañas, poco a poco ocultaron el sol y casi a nosotros.





Seguimos caminando hasta que llegamos al Hoyo de la Cal. Buscamos un sitio a resguardo del viento y allí dimos buena cuenta de nuestro menú de mochila. Estuvimos un buen rato entre bocados y sorbos, dimes y diretes. Caía la tarde cuando decidimos emprender el camino de vuelta. Hacía mucho más frío y nos abrigamos bien. Yo me puse los guantes y Selu incluso el gorro de lana.

El tramo hasta llegar a la “Venta de Antequera”(*) se nos hizo interminable. No recordaba que estuviese tan lejos. Allí nos entretuvimos fotografiando la casa, visitando el Aljibe e inspeccionando sus tres pilones labrados.

Fernando, nuestro particular maestro de ceremonias, apretó el paso bajo la floresta. Caminamos rápido porque se nos echaba la hora encima y no queríamos que nos sorprendiera la noche. Había tan poca luz que opté por guardar la cámara.

Nos quedamos atrás Miguel, Selú y el escribiente. Llegamos a un cortado y no

supimos dónde diablos estaba el resto de la expedición. Miramos adelante y comprobamos que el escuálido sendero manchado de barro se perdía por aquellos peligrosos desniveles. No había duda, teníamos que seguir adelante. Al aproximarnos al mismo borde de aquel cortado, vimos que nuestros compañeros bajaban por una ladera que producía vértigo con solo mirarla.



Nos miramos los tres y no sonreímos, respiramos hondo y acometimos la bajada por aquel resbaladizo lugar. Entonces supimos porque le decían “La Escalereta”. Cuando llegamos abajo Fernando relató que en cierta ocasión por allí habían bajado un burro entre dos. Sujetándolo uno por la cabeza y el otro por el rabo.

del bosque por una depresión en el terreno que asemejaba una trinchera.

Uhhmm... trincheras... Llanos del Republicano... Tajo de la Carnicería... vamos a ver con qué demonios sueño yo esta noche.

(*) Casa de los Navazos

Desdedondeestábamos, a los pies de aquellas montañas, nuestro guía trazó una línea recta hacia Villaluenga y allí que le seguimos todos sin rechistar. Sorteamos varias angarillas, nos adentramos en el bosque de alcornoques y seguimos adelante. Nos movíamos rápido y es que la noche estaba llegando sigilosamente. De buenas a primeras nos vimos caminando en lo más profundo

